



Participó y vivió tres Juegos Olímpicos, México, Múnich y Montreal, y considera que mereció ir a otros dos, aunque en Tokio por una decisión más que discutible y en Moscú porque dio paso al relevo generacional, se quedó con las ganas de participar

“En Múnich me pusieron una metralleta en el pecho. Sentimos el miedo”

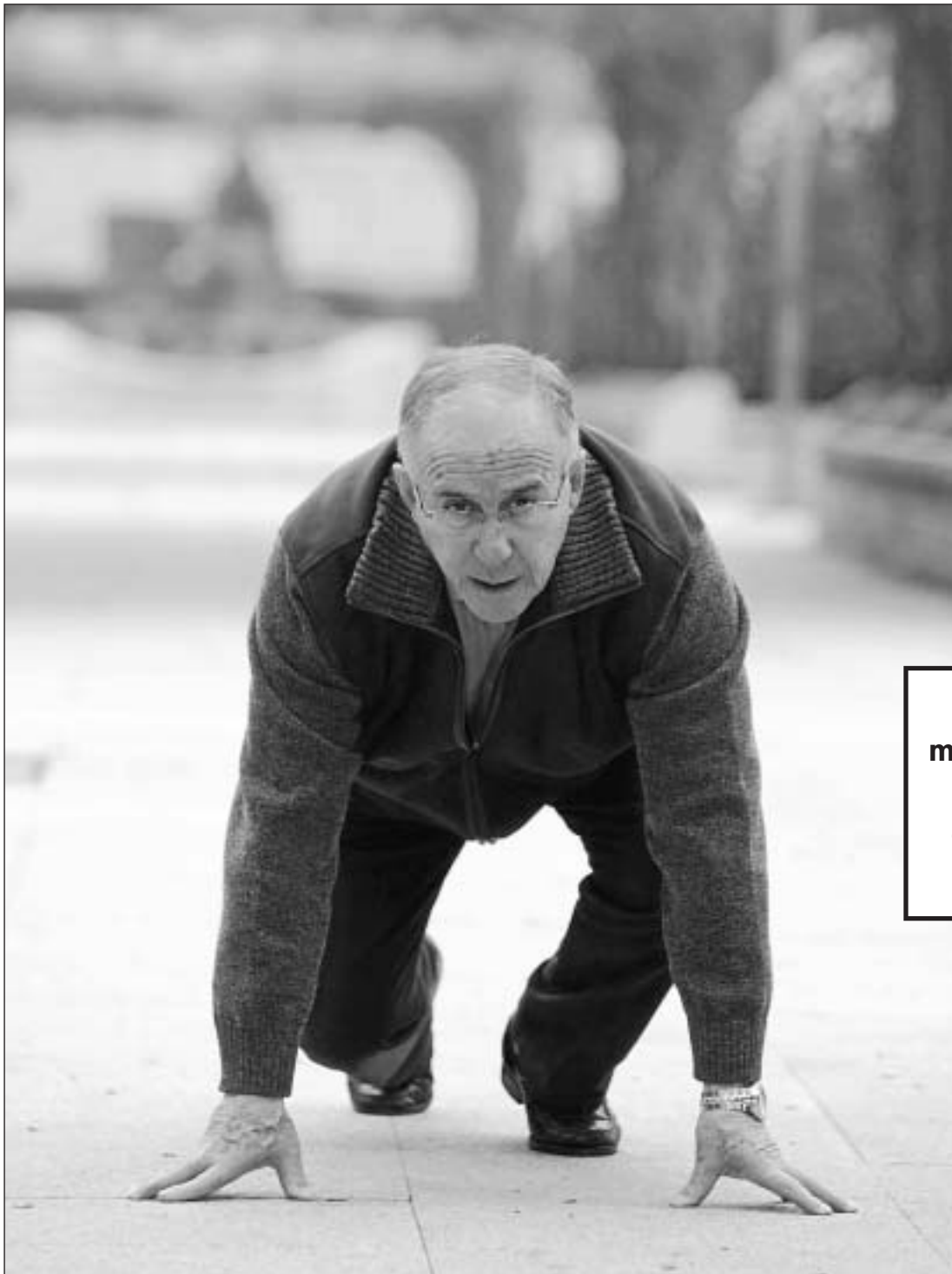
ROBERTO FERNÁNDEZ / SALAMANCA

Como en tantos otros ámbitos, José Luis Sánchez Paraíso también abrió camino en la historia olímpica. Fue el primero en ir a tres Juegos -las tres M, México, Múnich y Montreal-. Un camino que luego, en Salamanca también recorrerían Antonio Sánchez y Dori Ruano. Además, el suyo pudo ser mayor todavía, porque señala que “pude ir a cinco. A Tokio, en el 64, no me llevaron porque nunca quise ir a la Blume ni a Barcelona y lo pagué. Llevaron a Rogelio Rivas para el 100, un atleta al que yo había ganado durante todo el año. Aprovechando que yo disputaba una reunión internacional en Lisboa como invitado, a él le hicieron una prueba donde parece ser que hizo 10,4. Es curioso porque él nunca había bajado de 10,7, pero fue la excusa para llevarle. De hecho, justo antes de Tokio hubo un encuentro internacional y yo fui titular en 100, 200 y 4x100, pero me pasó factura no haber ido a la Blume”.

Luego, cree que también pudo ir a Moscú 80, pero se encontró con el relevo generacional y al final optó por dejar el atletismo, aunque había sido campeón de España y reconoce que todavía mantenía un gran estado de forma. De hecho, “lo dejé porque tenía abandonada a mi familia. Tenía 37 años y preferí centrarme ya en mi vida, pero estaba mejor que nunca”, afirma.

Lo que nunca nadie le puede quitar ya es no sólo la longevidad de su carrera, sino todo lo que vivió. Consiguió tres veces su sueño olímpico, algo que la mayoría de los deportistas no pueden cumplir, pero desde que se iniciara en el mundo del atletismo estaba claro que él era uno de los elegidos y quizá por eso, siempre fue a tope, tanto en la competición como a la hora de disfrutar cada momento.

En México 68 le llegó el premio que le habían arrebatado cuatro años antes. “Los Juegos eran mi gran objetivo. Para cualquiera es lo máximo y más entonces que no había Mundiales de atletismo. De hecho, hice la marca mínima más veces de lo que se me exigía. Además, llegas a un país donde se vuelcan contigo y donde encima hablan tu idioma, es para no pedir más. Ni en sueños piensas algo así. Por eso, los disfruté sobre manera. Para un tipo de Lagunilla estar sentado en una mesa con Beamon, Evans y Owens, es todo un triunfo. De hecho, en mi carrera, la peor



Paraíso simula una salida de tacos para El Adelanto.

“En Alemania hice la mejor carrera de mi vida, aunque luego nos descalificaron por una pifia de Carballo”

marca de la serie era la mía y encima iba por la calle ocho y se corría a las ocho de la mañana, así que aunque salí a tope y todavía conseguí quedar por delante de dos atletas, no pasé de ahí con mis 10,6”. Eso sí, luego me desquité de otra forma. Disfrutando. Estuvimos 35 días allí y pude conocer y hacer muchas cosas. Te relacionabas con todo el mundo. La Villa Olímpica era pequeña, para 12 o 14.000 personas, pero estaba dotada con todo, desde cines a discotecas y era todo gratis para los atletas. Además, había una

a un rancho donde vimos peleas de gallos que me pareció algo desagradable, a montar en karts. Yo siempre de la mano de mi inseparable Mariano Haro, que era mi compañero de habitación, aun-

especie de teatro al aire libre y allí cantaron Julio Iglesias, Conchita Bautista o Rita Pavone, además de disfrutar de una cena que nos dio Cantinflas para todos los españoles. Otro día nos llevaron

que también estábamos mucho con Garriga, Solá, Martínez o Alberto Esteban. Pero es que, además, viví momentos históricos como el salto de Bob Beamon, que lo hizo conmigo a tres

metros, o pude ver en vivo a Forsbury. Fueron los Juegos de los récords. Tampoco se me olvidan las pruebas de fondo, donde llegaban exhaustos.

Me impresionó el 3.34 de Keyno en 1.500 metros. Eso sí, que nadie se piense que era un privilegiado. Para poder asistir en directo a estos eventos y coger buen sitio, muchos días me tenía que quedar

sin ir a comer. Además, fuimos a Puebla, Acapulco y a otras capitales del país azteca. Recuerdo un México-España de baloncesto que la gente estaba como loca con su selección. Muy pasionales, aunque luego, fuera del partido eran muy amigables”. Y también vivió el *Black Power* y momentos de tensión con las revueltas estudiantiles y sociales. “En una ocasión había un tiroteo cerca de nosotros y nos tuvimos que meter debajo de un coche, aunque en México no viví tan de cerca ese drama como luego me tocaría vivir en Múnich”.

Y es que sus tres presencias olímpicas estuvieron caracterizadas por momentos accidentados de la historia de los Juegos. Si en México fue el *Black Power* y las revueltas, Múnich estuvo marcado por los asesinatos de los atletas israelíes, mientras que en

Montreal se produjo un boicot de 24 países africanos por la no exclusión de Nueva Zelanda, que había jugado un partido con Sudáfrica, que estaba excluida del Comité Olímpico Internacional (COI) por su política racista del *apartheid*.

Sin duda, fue Múnich el momento más tenso de todas sus vivencias y también de la historia de los Juegos Olímpicos. “Había una gran villa olímpica y muchísimo ambiente. Sin embargo, se produjeron los asesinatos y se acabó. Había una sensación de tristeza en todos los que estábamos allí. Fue una noche entera de caos en la villa olímpica y recuerdo que, además, a mí y a De Andrés, jugador de balonmano, nos tocó ir a Televisión Española para tranquilizar a nuestras familias y a todos los españoles. No fui consciente del acto, pero estábamos a veinte metros. Suelo dormir bien, y nos despertamos antes con todo el ajetreo. Luego ya nos informaron de lo que había pasado y se acabó la alegría. Además, habían amenazado con un bombardeo en la ceremonia de clausura y recuerdo que en ella, de repente apagaron todas las luces para que se viera sólo la lla-

“En la clausura paseaban aviones y cuando se apagaron las luces para ver la llama y escuchar los motores, era para asustarse”